



EDITORIAL

## PRESENCIA SOCIAL DE LA FILOSOFÍA

*Con ocasión del  
Día Mundial de la Filosofía*

**E**L proceso evolutivo de un universo, cuyo origen primordial sigue siendo todavía hoy muy oscuro para la ciencia, sin que en principio hubiera vida alguna, y mucho menos seres humanos, sino sólo realidad física, hizo surgir terminalmente la presencia del hombre. El hecho de poseer sensibilidad y conciencia, una subjetividad psíquica personal y un ejercicio de la razón orientado a sobrevivir por medio de una adaptación óptima al medio objetivo, llevó al hombre a un estado de sorpresa, de perplejidad, de admiración, al constatar la pura existencia del universo y de la propia realidad humana consciente, personal y racional, producida en su interior.

Sabemos que esta admiración sentida como emoción existencial ante el universo estuvo ya presente en los hombres prehistóricos y, desde luego, fue el origen de la filosofía griega. El encuentro directo con la naturaleza desde el desamparo, la desnudez y la indigencia de la humanidad antigua propició quizá esta emoción existencial ante el Cosmos que quizá hoy hemos perdido en nuestra sociedad moderna.

El hombre no se creó a sí mismo, sino que fue producido por el dinamismo evolutivo de lo real. Se vio a sí mismo como «arrojado» en el mundo —si hacemos uso del término usado en el existencialismo de Martin Heidegger— y, por tanto, instalado *de facto* ante la pregunta inevitable por su propia verdad, que no era otra que la pregunta por la verdad del universo. La realidad fáctica del universo produjo al hombre poniéndolo en situación de «hacerse a sí mismo» como ser natural, orientado por la razón. Pero la necesidad de afrontar personalmente la propia existencia le obligó a preguntarse: ¿quién soy como hombre en el universo? ¿Cuál es mi verdad integrada en la verdad final del universo? ¿Quién soy y, en consecuencia, qué debo hacer con mi vida?

Solo ante un universo sobrecogedor, el hombre antiguo entendió que la naturaleza le había entregado fácticamente la responsabilidad de vivir de acuerdo con la verdad última de la «madre Tierra», productora de la vida. A esta inquietud por afrontar con autenticidad la tarea de vivir con responsabilidad racional ante el universo respondieron desde el principio los sistemas de interpretación religiosa, sin duda las primeras construcciones metafísicas de la historia humana. Sin embargo, el uso poético, impreciso, mítico, intuitivo y no analítico ni crítico de la razón

en las religiones, en ciertos momentos privilegiados de la historia humana, dejó paso a la conciencia de que debía afrontarse la búsqueda de la verdad por la filosofía.

Si nos remontamos a los orígenes de la cultura occidental debemos retrotraernos a los momentos iniciales que propiciaron en la cultura griega el tránsito del mito al logos, usando la conocida formulación de Wilhem Nestle. La pregunta filosófica se refería a la totalidad, al conocimiento sin límites de lo real, a lo último, como ya habían pretendido las religiones. Pero la filosofía quiso producir un conocimiento último fundado en el ejercicio analítico y crítico de la razón: una descripción precisa del mundo objetivo de los hechos de experiencia para argumentar sobre ellos la forma de entender la esencia última del universo y el sentido final de la vida. La filosofía se caracterizó, pues, por la búsqueda del saber último y por la argumentación racional como forma de acceder a él.

La historia muestra inequívocamente que el hombre y las sociedades humanas siempre pretendieron justificar el sentido de la vida por la adecuación consciente a la verdad última del universo; o, al menos, buscaron fundar sus acciones en algún tipo de discurso ante lo último. Las religiones ofrecieron la justificación metafísica que legitimaba el orden social y cuando la religión faltó la proporcionó la filosofía.

¿Esta en crisis de la filosofía?

Quizá pueda pensarse que está en crisis cierta concepción universitaria de la filosofía y del papel social de quienes exclusivamente se llaman «filósofos». No queremos entrar en esta cuestión. Quizá la sociedad actual haya creado «estructuras de dominación» que distraen, atan a lo inmediato, someten al consumo y hacen que la condición personal se diluya en un anonimato impersonal mecánico y alienante que dificulta que el ser humano y la sociedad sientan la emoción existencial de situarse responsablemente ante lo último. Es la crisis de la dignidad humana que ha sido denunciada por Jaspers, Heidegger, Popper, Habermas, Ellul, el mismo republicanismo político y otros muchos.

Pero la filosofía como tal, como forma de conocimiento inevitable para el hombre y las sociedades humanas, no está en crisis. No puede estarlo porque los hombres y las sociedades son siempre necesariamente filósofos. Quizá se pase por momentos de alienación, de olvido de la condición humana propiciado por las instancias de poder que buscan manipularnos, pero al final la existencia humana acaba siempre abrumada por la responsabilidad filosófica.

Los reinos e imperios antiguos justificaron su posición en el Cosmos por complejas visiones religioso-metafísicas, como en Egipto. La república romana y el imperio justificaron su grandeza por un discurso filosófico sobre la *dignitas* y por el amparo de los dioses. Tras Constantino, la metafísica cristiana dominó a Roma; más tarde se intentó restaurarla cuando Carlomagno quiso justificar la unidad de Europa. Los reinos medievales buscaron sin cesar en la filosofía y teología cristiana la justificación del orden social. La modernidad fundó la neutralidad filosófico-metafísica de los estados en una argumentación filosófica. En los siglos XIX y XX tanto los historicismos como el socialismo-marxista se justificaron por sistemas filosóficos. Y de la misma manera también los modernos sistemas democráticos justifican su sentido y pertinencia social en el discurso filosófico que continuamente difunden. La sociedad, el derecho, la política, la economía se fundan en la filosofía. Los ciudadanos de las modernas sociedades viven instalados en cosmovisiones religiosas, ateas o agnósticas, cuando no en discursos pragmáticos que no dejan de suponer una filosofía. Los sistemas éticos y las opciones morales en la vida tienen también detrás la filosofía.

El día 20 de noviembre de 2009 ha sido declarado por las Naciones Unidas, a través de su agencia educativa, la UNESCO, como día mundial de la filosofía. En esta conmemoración queremos ver una llamada a todos los hombres a asumir la responsabilidad a que también les llama la condición de seres racionales en el universo. Sólo el esfuerzo filosófico, bajo guía de la razón —y no la persistencia en la alienación— puede probablemente llevarnos a superar tanto enfrentamiento ideológico y a crear el fundamento de una mayor «cohesión social» entre los individuos y las naciones.